A watercolor portrait of a man with a dark beard and mustache, looking slightly to the right. He is wearing a dark cap and a red sash or garment. The background is a mix of dark and light tones.

INVENCION
CASTÁLIDA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA

Rafael Tovar
y de Teresa

HOMENAJE

CULTURA CLAUSTRO • 5130-3327 • IZAZAGA 92 • CENTRO • CDMX • ELCLAUSTRO.EDU.MX

INVNDACIÓN CASTÁLIDA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA

NÚMERO 12

RECTORA

CARMEN LÓPEZ-PORTILLO ROMANO

DIRECTORA

MORAMAY HERRERA KURI

EDITORES

LUIS TORRES ACOSTA

DANIEL RODRÍGUEZ BARRÓN

CORRECCIÓN

JONATHAN MINILA

CONSEJO EDITORIAL

MARGO GLANTZ

SARA POOT HERRERA

ADOLFO CASTAÑÓN

MARIO BELLATIN

RAFAEL TOVAR Y LÓPEZ-PORTILLO

LUIS ALBERTO AYALA BLANCO

HERNÁN BRAVO VARELA

ANA GARCÍA BERGUA

PABLO RAPHAEL

EZRA ALCÁZAR

DISEÑO EDITORIAL Y FORMACIÓN

ALBERTO NAVA

DIBUJO DE PORTADA

SILVIA PARDO, 1958

CORREO ELECTRÓNICO

DIFUSIONCULTURAL@ELCLAUSTRO.EDU.MX

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización por escrito de la Universidad del Claustro de Sor Juana. INVNDACIÓN CASTÁLIDA, Año IV No, 12, noviembre de 2019, es una publicación trimestral editada y distribuida por la Universidad del Claustro de Sor Juana, A.C., calle San Jerónimo 47, colonia Centro, delegación Cuauhtémoc C.P. 06380 www.elclauastro.edu.mx, mkuri@elclauastro.edu.mx Editor Responsable: Moramay Herrera Kuri. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2018-080617591100-102, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Licitud de Título y contenido en trámite, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Master Copy, S.A. de C.V., Calle Plásticos, No. 84 local 2 ala sur, Frac. Industrial Alce Blanco, Naucalpan de Juárez, C.P. 53370, Estado de México, este número se terminó de imprimir el 28 de noviembre de 2019, con un tiraje de 1000 ejemplares.

INUNDACIÓN
CASTÁLIDA
REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD
DEL CLAUSTRO
DE SORJUANA

Contenido



5

TODA UNA VIDA

Rafael Tovar
y López-Portillo



9

**RAFAEL TOVAR,
ESCRITOR**

Edgardo Bermejo Mora



14

**RAFAEL TOVAR Y DE
TERESA, TIPOGRAFÍA
RENACENTISTA**

Ricardo Cayuela Gally



16

EL GENEROSO GLOTÓN

Federico Reyes Heróles



18

**ENTRE LA CULTURA
Y LA POLÍTICA**

Antonio Navalón



21

**PARAÍSO ES TU
MEMORIA**

Daniel Rodríguez Barrón



25

**EL LENGUAJE DE LA
CULTURA: RAFAEL
TOVAR Y DE TERESA**

Jonathan Minila



28

**YA IBAN COMIÉNDOSE
LAS MANZANAS DEL
BIEN Y DEL MAL**

María Luisa Mendoza



30

UNA ENSEÑANZA

Leonora Tovar
y López-Portillo







Toda una vida

R A F A E L T O V A R
Y L Ó P E Z - P O R T I L L O

Muchas cosas podría decir sobre Rafael Tovar y de Teresa. A fin de cuentas, no sólo fue mi padre, sino también mi amigo, mi consejero, mi maestro, mi compañero de viaje y mi cómplice en incontables experiencias. Podría hablar del funcionario público, del creador de instituciones, del promotor cultural, del novelista, del investigador, del melómano, del diplomático, del intelectual o del padre. Me resulta imposible desligar la vida personal de mi papá de la profesional, pues para él su trabajo fue siempre un placer que compartía con su familia. Y así, en gran medida, gracias a esas experiencias compartidas, soy quien soy.

Cercanos como éramos, tuve la oportunidad de acompañarlo a los lanzamientos e inauguraciones de programas e instituciones creadas por él y que hoy permanecen. Algunas son el Centro de la Imagen, el Canal 22, la Videoteca Cultural, el Sistema Nacional de Fomento Musical, el PAICE, el Fideicomiso para el Museo de Arte Popular, el Programa Nacional de Desarrollo Cultural Infantil “Alas y Raíces a los Niños”, la Agenda Digital de Cultura, el Centro Nacional de las Artes, el Programa Cultura para la Armonía y, finalmente, la Secretaría de Cultura. Estuve también a su lado cuando fue nombrado Director del Instituto Nacional de Bellas Artes, las distintas veces que encabezó la Presidencia del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, cuando presentó las Cartas Credenciales como Embajador ante los gobiernos de Italia, Albania y Malta, cuando fue Coordinador de los Festejos del Bicentenario de la Independencia Nacional y el Centenario de la Revolución Mexicana y como primer Secretario de Cultura, una institución por la cual trabajó arduamente.

Muchas veces he pensado que la misión de vida de mi padre fue consolidar una institución que velara por el cuidado del patrimonio

histórico de México y de sus tradiciones, el fortalecimiento de la educación artística en todas sus expresiones, la promoción de la lectura, la creación, la difusión del arte y la cultura tanto nacional como extranjera, la utilización y comprensión de las nuevas tecnologías en el ámbito cultural. Para él la cultura no era sólo un sistema coherente de símbolos y significados para explicar el mundo, sino la esfera de actividad práctica gracias a la cual se puede influir y modificar la realidad; para él la cultura era lo que fortalecía la comunidad, el sentido de pertenencia, el orgullo de ser mexicano. Solía decir que desde la cultura se propiciaba el diálogo, la tolerancia, el respeto; que era en ese ámbito donde se puede construir la paz. Creo que por todo ello se empeñó en la creación de la Secretaría de Cultura.

Durante treinta y siete años, mi padre fue reuniendo elementos, pensando la justificación y las estrategias, ordenando los lineamientos, la organización y los objetivos de la Secretaría para que, cuando se diera la oportunidad, pudiera justificar y entender su existencia; para que fuera la plataforma idónea que sirviera para incidir en la transformación de la sociedad. Por eso es importante pensar que el quehacer, la creatividad, los actos de las personas trasciendan al tiempo a través de la institucionalización que garantice su permanencia por medio de normas y criterios para la operación y el ejercicio de las mismas.

Pero además de su vocación de servidor público, mi padre fue un lector voraz, un melómano empedernido y un hombre con una curiosidad inagotable. Sin duda, una de sus grandes pasiones fue la historia y por ello quiso escribir sobre etapas que, por los recuerdos de sus mayores, le causaban especial interés.

En su faceta como escritor, viví con él los procesos gracias a los que surgieron los distintos libros que escribió. Tal vez una de las características más importantes de mi papá era la curiosidad que empezó desde su infancia cuando quería saberlo todo de su familia, a preguntar por ella y a interesarse por los suyos —vivos y muertos—. En las largas sobremesas en casa de su abuelo, en la calle de Jalapa 78, se sentaba con sus mayores a escucharlos hablar de lo que él consideraba un verdadero paraíso perdido. Así es que supo de la llamada “Casa Grande”, la finca de Tacubaya que tenía, entre otras gracias, teatro, lago, zoológico y hasta un tren. Supo también que la

“Susana”, la pequeña locomotora que tenían para recorrer la propiedad acabó en Anaheim, nada menos que en Disneylandia, y que por ahí debe seguir. Su curiosidad fue creciendo y a los 31 años comenzó a escribir en diversos cuadernos las decenas de anécdotas escuchadas en las sobremesas. Ahí quedaron plasmadas historias que más adelante fue hilando para construir lo que se llamaría *Paraíso es tu memoria*, su primera y única novela publicada.

Meticuloso como era, se vio inmerso en una cantidad de información que lo rebasó. Se topó con datos y detalles imposibles de incluir en una novela, pero muy importantes para ser incluidos en otros textos. Después de publicar la novela, escribió *El último brindis de Don Porfirio*, una minuciosa crónica sobre los festejos del Centenario de la Independencia y del último año de un presidente que gobernó por más de tres décadas. En dicha obra, mi padre se sirvió de documentos inéditos y de fotografías nunca antes vistas de archivos públicos y privados que le sirvieron para mostrar la transformación que el país vivió durante los años de gobierno del General Díaz, pero también la enorme desigualdad económica y la polarización social que entonces existía. En el libro se da cuenta —además de las magníficas fiestas, los maravillosos uniformes militares de las distintas delegaciones extranjeras que asistieron y de la fastuosidad generalizada— de las más de mil quinientas poblaciones que se beneficiaron de una infraestructura nunca antes vista.

Más adelante, mi padre publicó *De la paz al olvido*, que narra los últimos años de Porfirio Díaz; desde su renuncia a la Presidencia de la República hasta su muerte en París. De cierta forma, este texto nos cuenta el lado más humano de Díaz, de un hombre que no supo dejar el poder a tiempo y que, desde el exilio en Francia, vivió la Primera Guerra Mundial, pero también las noticias que le llegaban de México: la revolución, la incesante lucha por el poder, el conflicto armado y el conflicto social del país que gobernó y por el cual dio todo.

Habiendo hecho ya un pequeño recuento de la trayectoria profesional y literaria de mi padre, quisiera contarles de la herencia más valiosa que me dejó. Eso que solamente un hijo sabe, lo que se conoce únicamente desde la intimidad familiar, el amor y la complicidad.

En una época en la que la gente ya no sabe diferenciar lo que vale de lo que cuesta, yo puedo decir que mi padre me enseñó —entre muchas otras cosas— a entender la diferencia entre ambas. Con su ejemplo, supo mostrarme la importancia del valor verdadero de las cosas; de aquellas cosas que no tienen precio y que jamás podrán tenerlo.

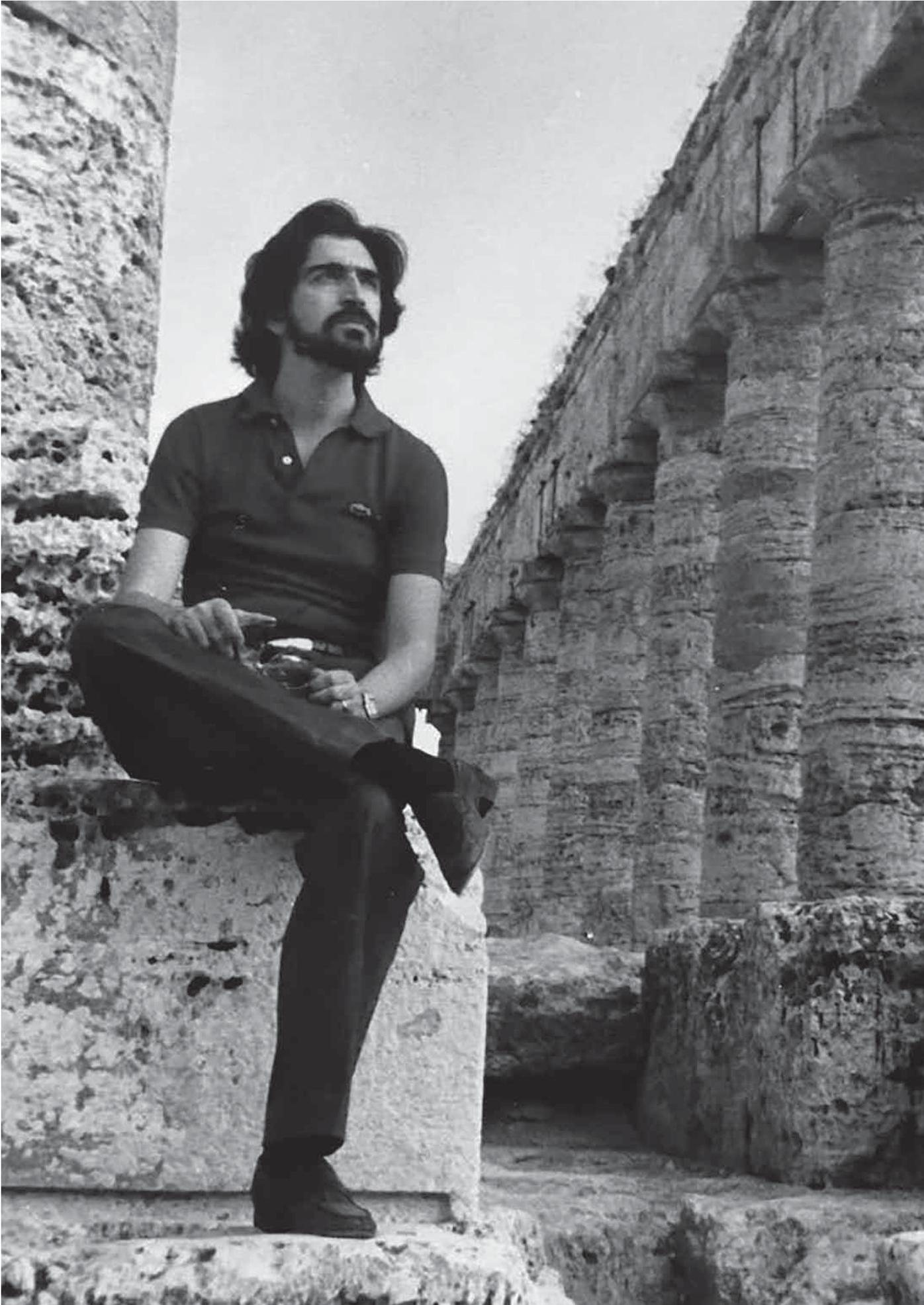
De mi padre puedo contar muchas cosas que extraño, como su sentido del humor; recuerdo que varios años antes de que enfermara, algún periodista le preguntó si era hipocondriaco y él —con cara de absoluta seriedad— le respondió: “¡Yo no sé quién le haya dicho que yo soy hipocondriaco! ¡No lo soy! ¡Soy un hombre sumamente enfermo!”. A lo que siguió una gran carcajada de ambos. De igual manera puedo contar que extraño el poderle preguntar sobre tal o cual canción, concierto o cantante. Podría contar que alguna vez le pregunté si tenía miedo a morir y me contestó con una rotunda y firme negativa. Después le pregunté lo que para él significaba la muerte y me respondió: “Saber que jamás podré volver a escuchar el concierto para piano número 23 de Mozart”. ¡Tan importante era la música para él!

La cantidad de tiempo que me dedicó es lo que más valoro. Fuimos padre e hijo, pero también amigos. Viajamos mucho, conocimos y reconocimos distintos lugares juntos. A los diecisiete años me llevó a Grecia y ahí —en un lugar llamado Cabo Sunion— vi el atardecer más hermoso que he visto jamás, mientras los dos estábamos sentados sobre una piedra hablando de todo y de nada. Y así como ahí vi ese magnífico atardecer, recuerdo un amanecer esplendoroso en Turquía, recorriendo las formaciones pétreas de Capadocia desde un globo aerostático, o nuestro primer día en Roma cuando lo nombraron embajador. ¡Cuántas veces fuimos a Cuernavaca y me leía fragmentos de su novela entre chapuzón y chapuzón, dedicándonos todo su tiempo libre después de una semana de citas, trabajo y compromisos! ¡Qué paciencia paternal me tuvo cuando, de niño, insistía yo en quedarme a escuchar a Octavio Paz, Fernando del Paso, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Pita Amor o Elena Garro con la sola condición de ni siquiera chistar! O cuando me llevó a comer con Ricardo Legorreta y Teodoro González

de León, pues al salir de la preparatoria tuve una veta de arquitecto. Extraño también esas comidas con él y con mi tío Guillermo, hablando de la genealogía familiar mientras yo escuchaba atento y en silencio. ¡Y mi emoción cuando a los doce años me hicieron participe de la conversación por vez primera! Extraño incluso nuestras pláticas mientras recibía el tratamiento para el cáncer en el hospital; esas tres horas que lo tenía sólo para mí y que tratábamos de hacer la conversación lo más liviana posible para que el tiempo pasara un poco más rápido. Son tantos recuerdos apilados en mi memoria que no habría páginas para escribirlos todos.

Pero lo que sí puedo decir, es que de mi padre heredé lo más valioso que un hijo puede recibir: su nombre. El nombre que también fue de mi abuelo y de mi bisabuelo. Un nombre limpio y honorable, y por el cual mi padre siempre trabajó y luchó para que sus hijos nos sintiéramos orgullosos de llevarlo. Esa era su más grande satisfacción y, también, su tranquilidad. De él también heredé algunos objetos que —podría yo decir— son los que conforman su esencia. La argolla de matrimonio que mi madre le colocó en el anular izquierdo el 20 de octubre de 1979 cuando se casaron y comenzaron una familia; los anteojos que utilizó al final de su vida y a través de los cuales observó pasar sus últimos meses; su credencial del Instituto Nacional Electoral que lo identificaba como mexicano, uno de sus grandísimos orgullos. Pero lo que más valoro de lo que mi padre me dejó, fue su última mirada. Una mirada fija, intensa, tranquila. La mirada de alguien que ya cumplió y que cumplió bien. Incluso en el momento de su muerte, mi padre fue considerado. Quiero creer que abrió los ojos para verme pues sabía lo que eso significaría para mí en ese momento y que se convertiría en una de las experiencias que atesoraría todos los días de mi vida. Así, con ese final, mi padre honró uno de los lemas de familia: “Una buena muerte honra toda una vida”. Sin embargo, lo que honrará siempre la vida de mi padre será su trabajo y su legado.

Hoy, a tres años de su muerte, sigo extrañándolo y así será hasta el día que sea yo quien cierre los ojos, anhelando tener la misma mirada que tenía mi padre ese sábado 10 de diciembre de 2016 a las 4:36 de la mañana, cuando transitó a la inmortalidad. ✨



Rafael Tovar, escritor

E D G A R D O B E R M E J O M O R A

La música de las letras

Como abogado, historiador y diplomático; como melómano y constructor de instituciones culturales en el cruce mexicano de dos siglos; como erudito y amante de las artes, a Rafael Tovar y de Teresa la escritura se le presentaba como el principio y el fin de sus afanes intelectuales. Hay que recordarlo: Rafael Tovar fue también un escritor, es decir, un autor en el sentido tradicional y complejo del oficio, alguien capaz de ensamblar artefactos verbales donde se funda, se recrea y se expande un universo autoral, un estilo y una voz propia, una obsesión.

Fue un autor tardío, y su muerte prematura nos dejó probablemente una obra inacabada. Pero su prosa, su inteligencia literaria, su vocación humanista, quedaron finalmente plasmadas en tres volúmenes donde se cumple a cabalidad la tarea de la escritura

como un ejercicio literario y como el edificio que sostiene y da sentido a una trayectoria intelectual. Dos libros memoriosos —a caballo entre el ensayo histórico y la crónica— y una novela —publicados en todos los casos en la última década de su vida, cuando ya había atravesado la media centuria y había construido una carrera pública de extraordinario prestigio—, que constituyen el corpus de una obra compacta y unitaria que, al sumarse a una tradición, la de las letras mexicanas, perdura.

En la cartografía literaria de Rafael Tovar hay por lo menos tres vertientes que fluyen, navegan, se entrecruzan y desembocan en el mar de su trabajo escritural: la historia de México, particularmente ese punto de quiebre que representó el fin de la era porfirista en los albores del siglo XX; la memoria documentada, nostálgica e íntima de la genealogía fami-

liar, un territorio poco explorado por nuestras letras que la prosa de Tovar supo recorrer hasta otorgarle la dimensión universal que le corresponde —si consideramos que la historia del esplendor, decadencia, ruina y renacimiento de una familia, de una nación, o de una civilización es un tema clásico y una metáfora de quiénes somos—, y finalmente los itinerarios de un escritor ilustrado que se abisma a explicarnos al mundo a través de sus paseos recurrentes por el Ágora de las bellas artes: de pinceladas saturadas de música, pintura, arquitectura, cine, literatura, historia y mitología está compuesto el lienzo narrativo de un autor que se asomó al mundo con el ojo, el oído y el pensamiento bien atemperados.

Conocedor como pocos de la música, bien podría decirse que la suya es una obra sinfónica en la que el pasado, la memoria, la saga familiar y la alta espiritualidad de las creaciones artísticas, resuenan polifónicas y rítmicas en las casi mil páginas que conforman los tres volúmenes su legado literario. Podemos entonces acercarnos a su obra como si ésta fuera otra enumeración de los dones a los que se refirió Borges en su célebre poema: una obra dedicada al olvido “que anula o modifica al pasado”, a la costumbre, “que nos repite y nos confirma como un espejo”; a la patria “sentida en los jazmines o en una vieja espada” y al lenguaje “que puede simular la sabiduría”. Una más: a la música “esa misteriosa forma del tiempo”:

La novela *Paraíso es tu memoria* (2009) y los libros de ensayo y crónica *El último brindis de Don Porfirio* (2010) y *De la paz al olvido, Porfirio Díaz y el final de un mundo*, (2015), son los tres títulos que Rafael Tovar nos legó. Los tres son —acudo a una imagen que aparece en las primeras páginas de su novela— “baúles repletos de tiempo” (p.10), aproximaciones diversas a un paraíso clausurado.

Las llaves del paraíso

“El verdadero paraíso, es el irremisiblemente perdido”

Rafael Tovar y de Terna, *Paraíso es tu memoria*

Rafael Tovar fue dejando a lo largo de las casi 300 páginas de su novela algunas pistas que explican sus

impulsos y propósitos al escribirla, algunas líneas que son una suerte de declaración de principios, de sutiles marcas en el camino para no perderse en el viaje memorioso, como si fueran acaso la carta de navegación del autor en el viaje al centro de su propia identidad: un “De Teresa” disfrazado en las ropas de un “De la llave”.

La novela es un cuerpo vivo por donde “la sangre de los idos (sigue) corriendo como si fuera la vida misma y su piel (continúa) envolviendo los cuerpos con que habían realizado acciones recordadas entre ellos para siempre”. De igual manera la novela “incurSIONA por el peligroso camino que ilumina lo que quedó atrás y aquello que se tiene enfrente, donde queda inscrito lo que se hace y lo que se deja de hacer, (...) el tiempo implacable que (vuelve) por sus fueros, tendiéndoles a los suyos un espejo”.

La cripta del panteón español en la que reposan los restos de varias generaciones de la familia De la Llave, protagonistas de la novela, es descrita por Rafael Tovar como “un nido y un nudo filial”, tal cosa es también su libro: nido que alberga a la memoria y nudo que la ata en el envoltorio de un siglo.

El siglo de la novela se detiene en tres momentos cruciales que sirven de bisagras para el resto de la trama secular: 1914, año del exilio de los De la llave ante el caos y la violencia de la Revolución; 1963, año en el que Justo de la Llave —personaje central del recorrido— y su sobrino nieto Santiago de la Llave —alter ego del autor— emprenden un viaje a Europa en el cenit de la caída dinástica; y 2002, el año que antecede al capítulo final de la historia cuando Santiago de la Llave residente en Roma —como lo fuera Rafael Tovar, Embajador de México en Italia entre 2001 y 2007—, escribe en clave epistolar una declaración de lealtad amorosa que es también un testimonio de vida y una declaración de principios. La novela como “un todo que a fuerza de serlo se (vuelve) cenizas de un pedazo de tiempo que incineró con el delicado rescoldo de la desesperanza”.

Ante la confiscación, la ruina o la disminución del patrimonio material de la familia De la Llave, queda la memoria, ese portentoso patrimonio inmaterial: “su patrimonio no sólo era el que formaban sus bienes, sino el que habían acumulado los acontecimientos de tantos en tanto tiempo, hechos que habían forjado



Con Margo Glantz, Álvaro Mutis, Juan Villoro y Gabriel García Márquez.

sus emociones y fortalecido sus creencias”. Y qué es entonces la novela sino “ese vasto acervo donde (se debe) elegir cada palabra, cada acto, cada gesto, con serenidad”.

De alguna manera la novela no es más que la prolongación escrita de una tradición oral por medio de la cual las historias de la familia De Teresa (De la Llave) fueron pasando de generación en generación; un “conjunto de palabras, pero también de silencios”, que “les transmitían a los hijos los recuerdos y las costumbres que habían aprendido como el alfabeto o una plegaria, y no eran sino una manera de sentir y de respetar”. Su hermano erudito, Guillermo Tovar, hizo lo propio con los antecedentes más remotos de la familia en su libro de 2009 *Crónica de una familia entre dos mundos*.

“El tiempo”, escribe Tovar en otra parte de su novela, “es la dimensión de la conciencia”, y su empresa literaria, por lo tanto, intenta “constatar los límites expresivos del lenguaje (...) una tensión, (...) una aparición, una visión fugaz, un deseo de parar el tiempo”.

Asistimos pues al reto paradigmático del novelista que utiliza las herramientas de la literatura para

explicar una historia verdadera en clave ficcional. Y ante el riesgo de que subjetividad, nostalgia y pasión le contaminen, acude entonces “la súbita aparición de la máscara de la racionalidad”.

Juego de máscaras, de antifaces, de disfraces, *Paraíso es tu memoria* establece puentes entre la verdad y la ficción, entre la memoria personal y la historia y por lo tanto —como lo establece Vargas Llosa— ensaya libremente y a sus anchas con “la verdad de las mentiras”, en otras palabras, es literatura sin adjetivos.

Con la paciencia que Homero mostró en *La Ilíada*, al hacer el catálogo de las naves, Rafael Tovar destina con el mayor de los esmeros muchas páginas de la novela en la descripción minuciosa del universo material de la familia De la Llave a principios del siglo XX. El catálogo de la abundancia y el lujo comprende una colección impresionante de automóviles, mobiliario y pinturas europeas, vajillas, cubertería de plata, cortinas, jarrones, un ejército de personal de servicio, y un largo etcétera que sólo adquiere sentido ante la dimensión de lo perdido, no lo que el viento, sino lo que la Revolución, la mala adminis-

tración y la incompetencia de los herederos, se llevó: “el único, el verdadero paraíso, es el perdido”.

La “casa grande” de Tacubaya —que hoy ocupa varias manzanas de la colonia San Miguel Chapultepec— tenía 30 habitaciones, su propio lago, un zoológico particular, un teatro, un huerto, una capilla e incluso un tren de verdad adquirido en Europa para pasear a los hijos de don Fernando de la Llave por sus enormes jardines, y quien tal vez nunca imaginó que cinco décadas después la propiedad quedaría reducida a la casona destinada a la servidumbre, y donde a principios de los años 70 aún vivían casi hacinados y compartiendo un solo baño algunos de aquellos niños ultra privilegiados convertidos ya en adultos, para quienes “la vida era un larguísimo domingo seguido de un san lunes”. El autor los describe entonces como presas de su propia decadencia, cuando “ya no habían quedado (...) más tierras que reclamar, casas que hipotecar, alhajas que vender, ganas de trabajar o esperanzas de que todo volvería a ser igual”.

Sin afectación, sin afán justiciero, la prosa de Rafael Tovar toca también una llaga nacional: el racismo, la desigualdad, la indolente tradición de una burguesía venida a menos pero no del todo despojada de sus antiguos privilegios: “a Justo (de la Llave) y a Chelín (Pérez Cuervo) les gustaba la gente blanca, el cuarteto *Opus 132* de Beethoven y las revistas en francés”. En otro pasaje, reproduce la conversación entre dos señoras “de sociedad” a quienes “nada les faltaba: distinción, elegancia, estilo”, y una de ellas se asume, ufana: “sin una gota de sangre prieta que nos haga de nariz aplastada, nos abra los poros como naranja y nos erice el pelo como animales salvajes”.

La expulsión del paraíso

“Así como Augusto —dice Suetonio— recibió una Roma de ladrillos y la devolvió de mármol, Díaz, después de Juárez, transformó el territorio mexicano en una nación”.

Rafael Tovar y de Teresa, *De la paz al olvido*

Rafael Tovar se acercó al oficio de historiar desde cuatro lugares que la historiografía contemporánea reivindica: desde la subjetividad, que no aspira a la

neutralidad científica y acartonada del positivismo y del materialismo histórico; desde el reconocimiento del papel del individuo y el azar en los acontecimientos del pasado; desde la obligación de documentar en fuentes y archivos aquello que se investiga; y desde la necesidad de desmontar y poner en crisis los discursos oficiales del pasado, saturados de héroes, villanos y estatuas de bronce.

Esos cuatro elementos están contenidos en los dos volúmenes con los que concluyó su tarea como escritor: *El último brindis de don Porfirio* (2010) y *De la paz al olvido* (2015). En ambas empresas decantó su interés, su fascinación —diríase, en el mejor sentido, su obsesión— por ese periodo de la historia nacional que abarca los tres primeros lustros del siglo XX. Esto es, el final del porfiriato en 1910, en el marco de las celebraciones del centenario de la Independencia; la caída estruendosa de un modelo de nación y de un modelo de vida para los grupos dominantes que se configuró en las tres décadas de “orden y progreso” porfiriano; y el exilio de una élite que detentó el poder político y económico del país, con don Porfirio como su mayor emblema, y que vio —otra vez aparece este vocablo— su paraíso clausurado.

Historia del país, historia de familia, e historia personal —no hay que olvidar que Tovar tuvo a su cargo el programa de celebración del bicentenario de la Independencia en 2010— dialogan y sirven de contrapunto en la construcción de su propio discurso historiográfico.

En esta aproximación polisémica a la historia Rafael Tovar coincide con uno de los grandes historiadores de la Revolución Mexicana, el británico Alan Knight, cuando en una entrevista con Christopher Domínguez nos dice: “Como historiador, la historia me atrae de dos maneras distintas. Está, por una parte, la historia en cierto sentido científico, aquella que nos permite armar explicaciones racionales conforme a datos empíricos, armar hipótesis, etcétera. Pero, por otro lado, existe una atracción distinta hacia los personajes, los acontecimientos y las tragedias; no es exactamente una atracción literaria, pero tiene más que ver con la historia narrativa”.

Sobre el papel del individuo en la historia —frente a la tradición marxista que la concibe como un movimiento ascendente y teológico dominado por las ma-

sas y la lucha de clases— Knight señala: “Es verdad que los individuos tienen bastante peso. Importa, por ejemplo, el carácter de Díaz, que fue un estadista muy sutil cuyo régimen perdió al final capacidad debido a la edad del propio Díaz. Hubiera sido posible que Díaz manipulara la sucesión con más tino nombrando a Bernardo Reyes como su sucesor. (...) Habiendo gobernado Díaz con bastante tino e inteligencia durante muchos años, al fin falló por culpa de su carácter”.

Rafael Tovar, por su parte, lo plantea de esta manera al hablar de las causas que provocaron el estallido de la Primera Guerra Mundial en su libro sobre los últimos años de Porfirio Díaz en el exilio: “Gran parte de la historia depende los individuos. Conocer la personalidad, los sentimientos, las ambiciones, miedos, grandezas y mezquindades de los líderes de Europa en 1914, es una estrategia de análisis que nos lleva de lo micro a lo macro, de lo individual a lo colectivo, de lo íntimo a lo público”.

Con la mejor de sus prosas, remata: “Así, por ejemplo, que el jefe del Estado mayor del ejército austrohúngaro Franz Conrad von Hötzendorf quisiera la gloria militar personal para poder casarse con una mujer divorciada, Gina von Reininghaus, su amante, no es asomarnos con morbo a los protagonistas de la historia, sino descubrir la relevancia que sus actos personales tuvieron en el desarrollo de los acontecimientos mundiales”.

A todos ellos, es decir a los dirigentes europeos que provocaron el gran estallido bélico de 1914, “debemos verlos como a Porfirio Díaz, en su más densa humanidad, la auténtica: personajes con grandes responsabilidades y arrogantes ambiciones que no siempre actuaron como estadistas, que se dejaron arrastrar por sus emociones”.

Para Rafael Tovar, la historia es también el escenario de múltiples paradojas y caprichos, el territorio donde la fatalidad nos juega trampas insondables. El historiador entonces desciende de las montañas de los “grandes acontecimientos” y camina por el barrio de

la vida cotidiana como un espacio donde la historia misma se revela en sus infinitas contradicciones.

La escena es en la colonia Roma en la década de los 40. Ahí, dos viudas viven muy cerca una de la otra: “Sara Pérez de Madero murió en 1952, a casi cuatro décadas del asesinato de Francisco I. Madero. A unas cuadras de la casa de doña Sara, Carmelita (Ortiz Rubio, viuda de Porfirio Díaz) vivió de 1934 a 1944. Las dos viudas, separadas por unas calles, vivían en extremos de la historia, compartiendo el mismo dolor, el de la pérdida. Dos sombras de la vida de México, cuyos esposos protagonizaron una ruptura histórica que modificó el rumbo del país”.

La crónica, es decir, la narración articulada y anecdótica de un instante de la historia, un género literario que trasciende las interpretaciones macro históricas, las explicaciones estructurales y se amerita en el relato de lo inmediato y en la recreación de lo cotidiano, una mirada a la corteza y las ramas del árbol, dejando a un lado el bosque, es el último elemento que conforma el paisaje narrativo de Rafael Tovar y halla su mejor ejemplo en el que es acaso su libro más logrado: *El último brindis de Don Porfirio*.

La carrera y la obra

Con estos tres títulos podemos concluir entonces que estamos ante el trabajo de un autor que trazó los planos de una obra circular, compacta y coherente. Al referirse a algunos de los escritores de la generación de los Contemporáneos, Octavio Paz señaló que en la construcción de las instituciones del Estado mexicano que emergió de la Revolución Mexicana, este grupo de intelectuales cosmopolitas sacrificó lo más grande y lo más valioso que tenían, su propia obra literaria. En el caso de Rafael Tovar es claro que su aporte al país como constructor de instituciones culturales limitado, al mínimo, el tiempo que destinó a su obra como escritor, pero el resultado final es patente y forma parte de la bibliografía de este país. ✨

Para Carmen y Rafael,
con un enorme cariño.
Bernardo del Paso

Rafael Tovar y de Teresa, tipografía renacentista

R I C A R D O C A Y U E L A G A L L Y

En una de esas tardes del altiplano en que te mojas, aunque lleves paraguas, en el auditorio Torres Bodet del Museo de Antropología, lo vi dialogar con una solvente historiadora británica sobre el fin de la era victoriana. Durante la charla, le precisó, con flema e ironía mexicanas, ciertos detalles de la genealogía de los Romanov. En una cena en Guadalajara, previa a la inauguración de la Feria Internacional del Libro, a la que acudía con la representación presidencial, lo vi sugerir libros y autores a una deslumbrada mesa de amigos, escritores y editores, entre lo que tuve la suerte de encontrarme. No bebía nada y apenas probaba la comida. Nada físico parecía distraerlo de los placeres del espíritu. Perdón, corrijo: de primero pidió tartar Simón Sebag Montefiore, término rojo; de segundo, un filete bohemio Hrabal Bohumil, y de postre, un delicado soufflé Albert Cohen.

Años después, en el Club de Industriales, le pasó lo mismo durante la presentación de su libro sobre los últimos años del desterrado Porfirio Díaz. Los dos connotados biógrafos que lo flanqueaban se tallaban los ojos ante el caudal de información que iba soltando como quien tararea una milonga. Sabía, día a día, lo que había hecho Díaz desde que se subió al Ypiranga, hasta que entró a Montparnasse en calidad de alicaída osamenta. Lo mismo le sucedía entre músicos, cantantes de óperas y pintores. Rafael Tovar y de Teresa vivía la cultura con la naturalidad con que las plantas hacen la fotosíntesis. No era una moda, ni una escalera social, ni mucho menos un pasatiempo. Tampoco un disfraz. Era su forma de estar en el mundo. Tenía buen gusto, una memoria intimidante

y sabía relacionar hechos y personas alejados en el tiempo y el espacio. Decir que era inteligente sería tonto y redundante. Sus circunloquios eran legendarios, pero al final regresaba milagrosamente al punto de partida. Y el viaje había valido la pena. Las alforjas regresaban llenas de pepitas de oro, salvo para el que espera al otro lado de la puerta. ¡Su impuntualidad era producto del entusiasmo!

Nunca lo vi hacer nada sin pasión o por mera rutina. El servicio público era para él otra forma de la creatividad. Creó instituciones que deberían ser el orgullo de México y formó a dos generaciones de funcionarios públicos. Todo bajo la impronta de la probidad. La televisión cultural, el Centro Nacional de las Artes y el Sistema Nacional de Creadores de Arte son tres vertientes de su concepción de la cultura: difusión, formación, realización. La excelencia era su divisa. Y su blasón, un gatopardo novohispano. ¿Fue su aporte para México más grande que el de Malraux para la Francia de Gaulle? No lo sé; en cualquier caso, fue un mexicano eminente. Odiaba las grillas palaciegas de los sapos eternos y terrosos, las luchas de poder de los pigmeos y el protagonismo de los urogallos alfa. Su única frustración profesional fue la agenda digital: sus sueños iban una era por delante de la tortuga procedimental. En su funeral me consoló ver que mi desconsuelo era compartido por cientos de amigos y colaboradores. Me conmovió la entereza de su familia, con el dolor contenido en homenaje a la estoica elegancia con que él conllevó su enfermedad. Rafael, Leonora, Natalia y María heredan un nombre que está ya inscrito con tipografía renacentista en los altos muros de la gran casa de la cultura mexicana. ✨

JUAN SORIANO

29, boulevard Saint-Martin
75003 PARIS
Tél. : 274-19-20 28

Paris I de Julio de 1981

Querido Rafael:

Después de un viaje muy rápido pero muy instructivo por los museos nuevos de México y viejos y nuevos de Nueva York y Washington estoy aquí otra vez reanudando mi trabajo y muy contento de oír que la semana mexicana que ustedes organizaron en el Pompidou fué muy interesante y exitosa.

He tenido la suerte de encontrar aquí Aida Gonzales y de hablar con ella sobre la posibilidad de la adquisición de algunas de mis obras por Relaciones.

Ella está de acuerdo y me dijo que necesita de tu apoyo. Espero que cuento con el como me habías ofrecido.

Deseo vivamente que los chismosos no te quiten tu maravilloso buen sentido y tu buen humor.

Abrazos carinosos
tu amigo

Juan



El generoso glotón

F E D E R I C O R E Y E S H E R O L E S

Oye, vamos a Myanmar, ¿qué debemos de leer? Al instante, *El Palacio de Cristal* de Ghosh. ¿Qué hotel nos recomiendas en Roma? La respuesta, inmediata: sin gastar mucho y justo enfrente de El Panteón está el Albergo del Senato. Por cierto, saliendo a la izquierda hay un edificio con un frontispicio sensacional. De los precios de un hotel al frontispicio. ¿Cómo guardaba tanto detalle? Era un ser de excepción. Conforme pasa el tiempo se ratifica ese hecho. El vacío duele, porque es insustituible. En eso radica su carácter excepcional. Tuve la suerte de conocerlo desde la preparatoria, aunque con toda honestidad, nuestra amistad nació tiempo después. Las mareas políticas nos alejaban.

Era un hombre lleno de energía, pero no necesitaba estimulantes para obtenerla. No bebía, no fumaba y siempre estaba en un estado de efervescencia admirable. Comía con gran frugalidad salvo cuando se le aparecía una Rosca Brioche que sólo venden en Mérida. No bebía, no le interesaba el dinero, no hablaba de eso. Fue un hombre probo. Épocas buenas y malas eran administradas con total control. Había asuntos más importantes e interesantes de los que sí valía la pena ocuparse. Pero en verdad era un glotón, comía cultura, devoraba cultura, en él era una noble adicción.

Pero ser culto puede llevar a la pedantería, la cultura puede ser utilizada como arma para ofender y humillar. No conoces las memorias de Chateaubriand, pues en qué mundo vives. No has escuchado la quinta de Sibelius con Lorin Maazel, esa es la única buena. Pero no Rafael Tovar, pudiendo hacerlo, utilizaba sus vastos conocimientos para irlos regalando por la vida. Yo te lo consigo, y aunque el libro o el CD quizá no llegaran, el regalo estaba hecho



con la sola intención. Nada más lejano a su forma de ser que el patrimonialismo, ese ánimo de poseer para distinguirse. Era muy generoso. Eso imprimió a su vida un sello muy especial. Los medios culturales suelen ser bastante mezquinos. Pongo un ejemplo.

Husmeaba en una librería de Washington en compañía de un amigo intelectual, eso pretendía. De pronto encontré un libro de Herzen, autor casi desconocido en México, lo comenté de inmediato con él (omito su nombre) y su reacción con cierto coraje fue un ya lo tengo, pero no lo difundas pues yo pien-

so hacerlo. Por supuesto nunca me advirtió de su hallazgo. Rafael hubiera llegado a México a comentar de forma incansable el volumen. Así de contrastante.

Fue esa generosidad la que lo llevó al servicio público desde muy joven. Conoció los laberintos del poder, pero no cayó en sus garras. Acumulaba conocimientos, nunca odios o resentimientos. Su pasión era otra: valorar la cultura como una forma de existencia personal, de recreación humana. Pero más allá de la apasionante ampliación del registro emocional, estético, sensible, de la vida, la cultura para él era un elemento esencial en la identidad de las naciones. En ese sentido Rafael era un hombre de total apertura, alejado del nacionalismo miope, profundo conocedor de lo nuestro, no temía a las comparaciones. Siguiendo a don Alfonso Reyes, para de verdad aquilatar lo propio, se debe ser universal. Por eso sus inquietudes no tenían fronteras. ¿Globalizado? Por supuesto, ¿puede la cultura ser de otra forma? Vivía en el mundo para poder ser muy mexicano y por eso mismo gozaba de la otredad. En él las comparaciones eran frecuentes. Los italianos no dirían lo mismo, los alemanes reaccionarían al revés. Qué se yo, no era pedantería, era una forma de ver el mundo.

Pero el refinamiento de Rafael y su amor por los orígenes de las expresiones humanas jamás lo anclaron en el pasado. Era un hombre del presente y del futuro. Un espléndido equipo de sonido le permitía ofrecer sus conciertos particulares, los cuáles eran una delicia, pues venían acompañados de sus comentarios naturales y sin pedantería. Sabía mucho de música orquestal, pero más que sus conocimientos era el gozo quien lo dominaba. Sin ostentación seguía muy de cerca los avances tecnológicos. La selección de su iPod es incomparable. Fue un apasionado de las series históricas de nueva generación. Una noche, hace muchos años, cenábamos en casa de Carlos Fuentes, y surgió alguna duda, el año de nacimiento de Laurence Sterne o qué se yo, y Rafael de inmediato sacó el celular y en instantes nos dio el dato. ¿Cómo?, le preguntamos todos, y con el tono afable que lo acompañó toda su vida, nos explicó. Todos levantamos las cejas asombrados, pero en el asunto de cejas él también nos ganaba.

Abogado de origen profesional, tenía muy claro que sólo las instituciones trascienden. Hacer de Cona-

culta una instancia de Estado que pudiera sortear los vaivenes sexenales y también los caprichos personales, fue la brújula que lo guió durante mucho tiempo hasta que logró la creación de la Secretaría de Cultura. Era muy trabajador. Esa visión plural le ganó el reconocimiento de una serie de comunidades que en cualquier momento se pueden transformar en jaurías. Enemigo de los escándalos, escuchaba, atendía, buscaba respuestas con una agudeza institucional notable. Pero atender a todos, con su muy particular elegancia, no suponía ceder a todos. Al contrario, Rafael Tovar se caracterizó por saber ser *cabeza, capitán del buque*. Así navegó por las turbulentas aguas del INBA, de la diplomacia, de Conaculta, cruzando de sexenio en sexenio entre compañías de danza, músicos, teatreros, fotógrafos, actores, cantantes, pintores y lo que se le ocurra al lector.

Porque Rafael era un profesional del servicio público, su otra gran pasión. Pensaba como un hombre de Estado. De ahí su excepcional supervivencia como servidor. Y claro, con el tiempo fue adquiriendo un aplomo notable. Podía aparecerse en cualquier inauguración ya fuese del arte cicládico o del modernismo alemán e improvisar, permitiendo a su memoria hacer infinitas asociaciones, referencias, observaciones que salían de su cabeza sin necesidad de notas. Increíble. No dudo, mejor dicho, lo sé, que comenzaba sus reflexiones en silencio con mucha antelación, días, en ocasiones semanas. Improvisaba sólo en apariencia, estudiaba mucho, se preparaba para improvisar con gran naturalidad, como los grandes jazzistas.

Pero alguien con esa erudición puede ser un monstruo. Lo quiere uno escuchar quizá, pero no irse a cenar con él. Para nada. Rafael era un hombre muy grato, con humor, con chispa. Sus ojos oscuros —enmarcados por sus pobladas cejas negras— no dejaban de brincar de un lado al otro mostrando las mil cosas que cruzaban por su mente. Sus bromas y chistoretas eran muy agudos, no podía ser de otra forma.

Por muchos motivos, siempre lo vamos a extrañar. Como esposo, como padre, como amigo, como simple ser humano de una gran nobleza su sitio en este mundo es irremplazable. ¿Por cierto Rafael, cuál es el próximo concierto que no podemos perdernos? Porque tú, de seguro, ya lo estás escuchando. ✨

Entre la cultura y la política

ANTONIO NAVALÓN



En muchos sentidos, México es un país con mucha suerte. Desde 1910, cada paso que nuestro país ha dado han sido pasos que junto con los grandes movimientos civiles —en algunos casos militares y revolucionarios— siempre han estado acompañados por una vanguardia de intelectuales. Estas personas entendieron que nunca podría existir un país tan rico en cultura y en civilización como lo era México, sin hacer una gran apuesta por el desarrollo y crecimiento de su bagaje cultural.

La cultura es lo único que siempre permanece y ya sea que haya sido por intuición o bien por decisión, la verdad es que desde 1915 hasta nuestros días personajes como José Vasconcelos, Alfonso Reyes, entre tantos otros, fueron quienes desde el poder público esculpieron lo que son las señas de identidad del Estado mexicano. Esto ha permanecido con vida desde el proceso revolucionario hasta julio del año pasado.

Rafael Tovar era mi amigo. Gran parte de la sensibilidad, del conocimiento y del respeto que tuve y que tengo por la comunidad de la que formo parte, por elección mía y por generosidad de ella —la mexicana— fue gracias a las muchas claves que él me dio y que me sirvieron para poder entender el gran patrimonio cultural que hay detrás del pueblo de México. Él fue mucho más que un precursor de la cultura. No sólo era un intelectual y un hombre de gusto exquisito, sino que además fue alguien que perfectamente pudo haber formado parte de lo más brillante de cualquier civilización y alguien que entendió que sin cultura nunca habría posibilidades de tener un país.

Al final todo pasa y lo único que da identidad a los pueblos es el testimonio de su creación. Para poder entender hacia dónde pueden ir los países, es necesario comprender —en el caso mexicano— los elementos emblemáticos como lo es la piedra del Sol o las pirámides de Teotihuacán, que contienen historias sobre el origen nuestra civilización. Ni la gente ni los países podrían saber hacia dónde dirigirse si ignoran de dónde vienen y eso fue algo que Tovar siempre entendió a la perfección. Él era capaz de entender cuáles eran las bases sobre las cuales estaban construidas el viento que había acompañado a sus antecesores, entendiendo que la base de la evolución parte a partir del conocimiento de nuestras raíces.

Una parte de la necesidad por conocer nuestras raíces nació cuando —entre su victoria y su toma de protesta— el presidente Adolfo López Mateo visitó París y en el Museo del Trocadero vio la mayor exposición que jamás se pudo haber imaginado sobre el imperio del cual él provenía, el imperio azteca. Los que lo acompañaban dicen que fue a partir de esa visita que se tomó la decisión de construir el Museo de Antropología e Historia. Pero, sobre todo, lo que nació en ese momento fue la necesidad de articular el conocimiento de la historia de México basado en el eslabón perdido de la historia de sus orígenes.

El desarrollo de la época que vino después de la exteriorización de Miguel de la Madrid y de Carlos Salinas de Gortari, necesitaba un pie en tierra —como le pasó a López Mateos— que le diera continuidad a la historia mexicana. Y fue ahí donde apareció Rafael Tovar quien, a través de su trabajo en el Conaculta, desde un principio supo que el culto, el conocimiento y la promoción del origen podrían dar estabilidad, pero sobre todo que esto garantizaría un desarrollo armónico social en todas las manifestaciones de ese nuevo país llamado México. Fue gracias a la intervención de Tovar y su diseño de la estructuración de la cultura como una parte del instrumento administrativo del Estado mexicano que se pudo lograr un pacto entre la recuperación de nuestros orígenes y la historia del país.

Tovar y de Teresa pudo haber sido un perfecto aristócrata de la época del porfiriato. De hecho, cuando se puso a escribir, escribió de lo que tenía más dentro de sí que era precisamente de los paraísos perdidos de su niñez; paraísos de un mundo que fueron la base para construir sobre los orígenes del Estado al cual sirvió y que venían desde la revolución mexicana.

A pesar de la confusión sobre la importancia de su cultura, México es un país del que se puede decir con orgullo que protagonizó la primera revolución de tinta que existió en el mundo. En el momento en que José Vasconcelos propuso cambiar las balas por los libros, fue cuando nació el primer esquema de la formación cultural en nuestro país. Por otra parte, Alfonso Reyes es una lección permanente de lo que significa la necesidad de la cultura y de la educación en las vidas como bálsamo no solamente de práctica

diaria de convivencia, sino como una argamasa de la construcción del futuro.

Viendo lo que pasa actualmente, y utilizando la cultura como un elemento reivindicativo y no constructivo, se puede utilizar el origen cultural que tenemos los mexicanos como un elemento de presión. Un elemento que se acaba en sí mismo frente a los desmanes del presente, del pasado o sobre la base en la que podamos permitir que un pueblo que fue grande pueda volver a serlo.

En la actualidad, la cultura ha desaparecido de los presupuestos, pero sobre todo ha desaparecido de lo que es la dialéctica diaria. Durante cerca de mil años, la cultura de México fue sepultada primero por las piedras, después por las cruces y finalmente por las selvas. Sin embargo, la cultura siempre emergió por encima de todo. Da igual que el territorio del más allá fuera descubierto por un accidente histórico. Lo que es importante saber es que frente al testimonio de vida de los pueblos no existe ningún ocultamiento, ni el de la naturaleza ni el de la fuerza.

No existe duda que ni el país, ni la evolución, ni el resultado del gran cambio de régimen que inició el primero de julio de 2018 hubiera podido pasar si no hubiéramos contado con gente como Rafael Tovar. Su tiempo, esfuerzo y dedicación marcaron una senda que ha sido nuestra guía desde la década de 1980 hasta estos momentos. En el siglo XX y en parte del siglo XXI no existió un mejor intérprete de acercamiento, promoción, protección y de fusión de los puentes sin tender entre las culturas del pasado y esa nueva unidad formada desde un imperio multiforme que es México como lo fue Tovar y de Teresa.

Rafael Tovar vive y seguirá vivo con cada actuación en Bellas Artes o con cada descubrimiento de cada piedra. También, vivirá cada vez que un gobernante se empeñe y convenza a otros gobernantes de que todo el dinero invertido en sentimiento, en orgullo y en cultura es dinero para la paz. Sin duda alguna, nada sería igual si en nuestra historia no hubiéramos contado con gente como él. ✨



Paraíso es tu memoria



DANIEL RODRÍGUEZ BARRÓN

¿ Por qué recordamos?, o mejor, ¿qué función tiene la memoria? Recordamos para conocer ciertos hechos, como ocurre con la historia. Pero cuando esa memoria es estrictamente personal, entonces parece funcionar como una suerte de autoafirmación, saber de dónde venimos acaso sea una forma de saber a dónde vamos. Y sin embargo, si sólo sirve para uno mismo, ¿entonces qué caso tiene escribirlo, publicarlo?

El biólogo Edward O. Wilson tiene una idea que justifica esta necesidad de hombres y mujeres de recordar su pasado, de conocer ávidamente la historia de los otros. Para Wilson “la inteligencia social” es la característica que nos destacó de entre todos los homínidos. La interacción con otros miembros de nuestra especie alentaba tanto la cooperación como la competencia al tiempo que “requería una memoria lo suficientemente buena como para poder evaluar las intenciones de los otros miembros, así como para predecir sus respuestas de un momento a otro, y, lo más importante, exigía la capacidad para inventar y ensayar diferentes posibilidades de futuras interacciones”.

Las alianzas, las rivalidades, la traición, el engaño, las relaciones sexuales, todo ese material de lo

que está hecha una novela, fue también un material necesario para el desarrollo de la inteligencia social. “Nos deleitamos, como por instinto, contando innumerables historias sobre los otros”. Wilson admite, casi como Borges, que las variaciones que podemos practicar a la hora de contar un relato, son pocas “los mismos temas, los mismos arquetipos, las mismas emociones”, y sin embargo, “somos víctimas de una fascinación sin fin por nosotros mismos y por aquellos que se nos asemejan”.

Pero, ¿por qué? ¿para qué sirve? Edward O. Wilson no lo duda: “el interés intenso, incluso obsesivo, en los otros siempre ha mejorado la supervivencia de los individuos y los grupos. Nos volcamos a las historias porque así es como funciona la mente”.

No sé si Rafael Tovar y de Teresa se interesaba por las ciencias y el sentido, más allá del mero entretenimiento, que ofrecen las historias. Seguro que sí, era un hombre culto y además escribió una novela que, desde mi punto de vista, prueba este interés no sólo por comprender el pasado y el entorno, sino, lo digo sin ambages, ayudarnos a sobrevivir.

Intentaré probarlo. *Paraíso es tu memoria* —ya el título es profundamente sugerente— es la historia de

una familia, y a través de ella una historia personal de la *belle époque* mexicana. Las historias de tres generaciones de la familia De la llave son narradas por Justo de la Llave, el protagonista. Justo recuerda con precisión los muebles, las vajillas, la cubertería de plata, no sólo por mera precisión histórica ni mucho menos por mera añoranza de un pasado de lujos, sino porque cada objeto, cada gesto —las peleas mañaneras por el uso del único baño en casa, la visita a la cripta familiar y el deleite de escuchar música— crean la consistencia del tiempo.

Como Proust, Tovar y de Teresa tuvo la pretensión de recobrar el tiempo, y sólo se puede recuperar el tiempo, y el espacio donde se movieron esas personas a partir de una acción sagrada: la recuperación, uno a uno, de esos gestos y esos objetos que forman parte de las personas, y cuyo timbre sugiere el advenimiento de una memoria involuntaria que hace de los seres, al mismo tiempo una realidad y una ficción subjetiva del observador, es decir, una experiencia.

“El tiempo, Inés, el tiempo”, reflexiona Santiago, uno de los protagonistas. “¿Nuestras vidas son sólo arcilla que el tiempo esculpe? ¿Se almacenarán en algún lado los recuerdos, como cuando tú amanecías pegada a mi carne, aunque luego separáramos nuestras caras y nuestros ojos se quedaban unidos mientras la mata de tu pelo dorado se convertía en las paredes de un túnel que no tenía fin?”

No digo que *Paraíso es tu memoria* se empareje con *En busca del tiempo perdido*. Aunque estoy seguro que Tovar y de Teresa tuvo a la mano su Proust, pero también estoy seguro que era un hombre demasiado sensato como para buscar un deseo inútil. Arriba señalé que lo que importa es recordar la propia historia por modesta que sea. Porque sólo a través de ese recurso se puede contemplar al mundo como orden, sólo a través de la memoria es posible dotar de significado a aquello que no lo tuvo cuando ocurrió y sólo era un eslabón de causas y efectos.

Como en la obra de Proust, es en el último momento, cuando Justino ve aparecer “como si de un carrusel en movimiento se tratara, las figuras de los muchos seres que habían pasado por su vida. A lo lejos, muy lejos, su padre, don Fernando, se sacudió el polvo del pantalón con un pañuelo que arrojaba el suave aroma del agua de Portugal; a su lado, su

querida hermana Elvira le dijo que no sintiera pena porque su cuerpo hubiera quedado para siempre tan lejos de los suyos.

El tiovivo empezó a girar rápido, vertiginoso hasta convertirse en un haz de luz, un arcoíris en cuyo comienzo se proyectaban los nítidos rostros de Chelín y de la nanita Edelmira. Todas las luces, todos los colores se convirtieron en fuegos de artificio que empezaron a formar palabras y de sus tronidos surgieron voces que le hablaron...”

En una sola frase que Justo repite a lo largo de la novela, parece encerrarse esta meditación sobre el tiempo: “¿vamos o venimos?” La realidad parece alejarnos en el tiempo y la memoria nos trae de vuelta, ¿vamos o venimos? Cuando vamos, es decir, cuando nuestra historia está transcurriendo vemos personas y lugares y nos enfrascamos en darles una individualidad radical porque queremos nosotros mismo ser únicos e irrepetibles; cuando venimos, es decir, cuando estamos de vuelta, gracias a la memoria, las personas y los lugares no son a fin de cuentas más que símbolos en un retablo que nos habla de la vida y de la muerte porque, señala Proust, “nada puede durar si no es haciéndose general”, de modo que los pequeños gestos, los objetos que atesorábamos como únicos y propios, se convierten en luz que nos aporta un conocimiento espiritual.

Efectivamente, el paraíso es la memoria, y este libro de Tovar y de Teresa es una luz que se enciende, sólo por un momento, pero que te permite ver. Lo imagino de este modo: entras a un cueva, a una gruta, a la oscuridad original, y tienes miedo y te sientes solo, y sabes que no hay nadie alrededor, que no puedes pedir ayuda, que no existe un mapa para guiarte, y de pronto enciendes el libro, como un fósforo, e ilumina por un instante, una pared profusamente decorada, con imágenes de hombres y animales, algunos parecen viejos dioses, quizás alguien ha querido decir algo con esas magníficas imágenes de hombres y mujeres luchando por sobrevivir, también alcanzas a ver en los márgenes meras rayaduras, gráficos que a primera vista no tienen sentido, alguien no ha podido terminar nada, pero ha querido contribuir, quizás sólo quiere decir “yo también estuve perdido y pasé por aquí”. Luego, el libro se apaga y te encuentras igual de solo y temeroso, y es probable que lo que

hayas visto no te indique una salida o un camino seguro, pero comprendes que alguien, los muchos, los otros, han intentado ayudar y decirte que pasaron por la misma experiencia paralizadora.

No sirve de consuelo, pero algo te ocurre, es más una sensación que un razonamiento, comprendes el milagro de la presencia humana, no de alguna persona en específico, ni siquiera de los grandes hombres

de ciencia y artes, sino de esa aparición, también momentánea como la luz de tu libro, de los hombres que imaginan un orden y un sentido, y así, coronado con esa constelación de imágenes, aprendes a continuar en silencio. ✨

Rafael Tovar y de Teresa, *Paraíso es tu memoria*, Alfaguara, México, 2009.



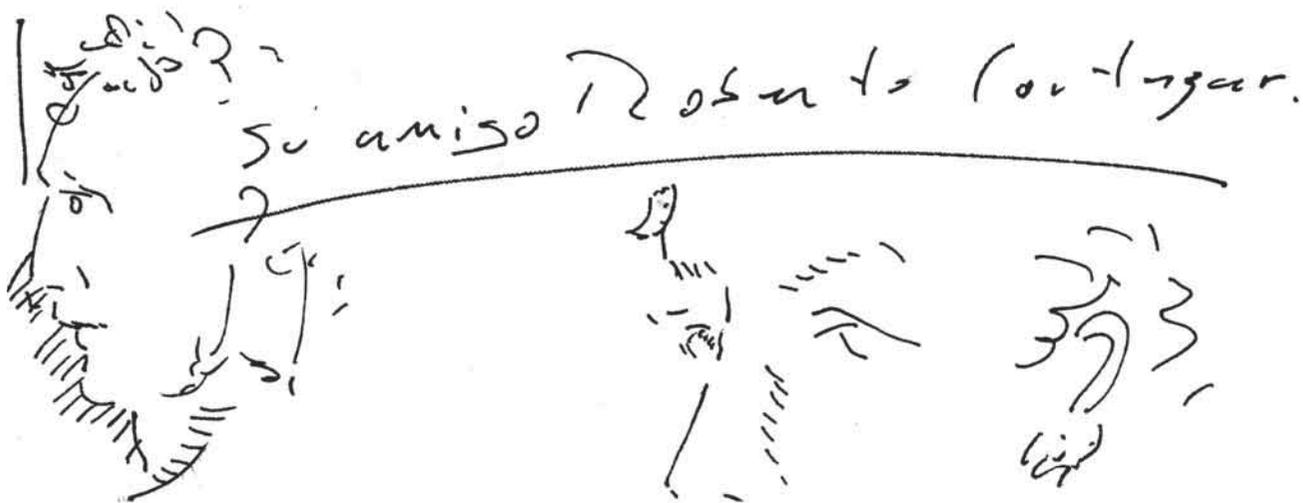
Con su hermano Guillermo, de pajes en la boda de Cecilia De Teresa y Polignac.

México D.F. 19 - VII - 06

Muy Estimado Lic. Rafael Touavy de Terada:
gracias a nuestro mutuo amigo el Dr. Moisés I
Rosa), podemos tener esta comunicación
actualmente, y con ello aprovecho para enviarte
el catálogo de mi última exposición.

Esta se presenta en el museo de
la fundación Amparo en Puebla Mex. La
inauguramos recientemente (6-IX-06) y estará
exposta, (en esta primera etapa) hasta el
enero 15-07. Me daría mucho gusto saber
sus comentarios, y por el momento solo
me queda, saludarlo afectuosamente.

Si amigo Roberto Cortez.

The bottom of the page contains several hand-drawn sketches. On the left, there is a sketch of a face with a wide, toothy grin and a question mark above it. In the center, there is a sketch of a person's profile with a question mark above it. On the right, there are two more sketches of faces, one with a question mark above it and another with a question mark to its right.

El lenguaje de la cultura: Rafael Tovar y de Teresa

J O N A T H A N M I N I L A

La rigidez de los discursos políticos, posiblemente la sensación de falsedad que transmiten en ocasiones, responde a la falta de contacto con la gente y a la concreción de hechos. La institucionalización se confunde con una marcada distancia que se ciñe a las formas “correctas” de la politiquería. Esto opaca, desde luego, la transmisión del mensaje, que en el fondo puede ser muchas cosas. Aunque eso es tema aparte, la importancia del lenguaje es fundamental para transmitir no sólo los deseos, sino las preocupaciones y las acciones. En el ámbito cultural, es necesario (se ha visto) estar en manos de alguien que sea capaz de dar dirección no sólo a las propuestas para incentivar y promover la labor de los creadores; se necesita que conozca “el campo de acción” más allá de la gestión pública. Alguien que sepa y conozca la cultura a todos niveles. Lo otro es política nada más, que fuera de la necesidad de participar en ella —pues resulta imposible no usar las propias herra-

mientas del Estado para aprovechar los recursos—, no tendría por qué detener a quien esté a cargo de realizar una promoción efectiva. La sensación de los creadores, en general, es la orfandad. La cultura no es una prioridad, se dice a voces, se castiga en relación al presupuesto, y los artistas reaccionan. Pero ¿quién debe guiarnos? ¿Dónde está un proyecto cultural que no se ciña únicamente a la realización de grandes festivales que, por cierto, no sirven en nada para promover la creación? ¿Se confunde cultura con espectáculo?

La cultura permanece estancada. Pocas veces es vista y comprendida en su totalidad. Rafael Tovar y de Teresa fue un ejemplo de lo contrario y un pilar que necesitamos observar para retomar el camino ideal de la promoción cultural. Como gestor, como creador, como conecedor, sabía su terreno, era un hombre culto que con el uso irremediable de la política luchó constantemente por los creadores. Iba al frente. No permanecía a la espera del cumplimiento

hueco de números, sino que exploraba la posibilidad de dominar ambos terrenos y de poner a México a la par de las culturas que a él más le interesaban. En un medio donde el ego no permite percibir al otro como autor, como autora, sino como competencia, o estadísticas, o sujeto de estrategias, una simple ficha, la consecuencia es devastadora. Las políticas públicas se revuelven, se pierden, y se convierten en escudos donde sucede de todo, menos una promoción real del arte.

Rafael Tovar y de Teresa comprendía la importancia de la gestión cultural, como una herramienta política no de beneficio propio, sino en vías a promover la creación. Pienso en él cuando reviso el párrafo inicial de esta nota. Lo veo, a esta distancia, no sólo como un pilar para de la estructura cultural en México, sino como una pieza que aún no ha sido observada a detalle y en su totalidad. Sí, la política está en otro lado. Sin embargo, él podía dominar ambos terrenos. Los asuntos burocráticos por un lado y la cultura por el otro; y él ahí, equilibrando ambos en una relación que siempre ha sido tensa. Su ausencia nos ha vuelto al mismo punto. ¿Quién podrá ver la cultura no como parte de un discurso, siempre importante en las conveniencias políticas, sino como una necesidad para el propio reconocimiento, nacional, en efecto, pero también global? La visión de la cultura para Tovar y de Teresa, desde mi (sumamente) humilde perspectiva, se dibuja (hablo en presente, sí, como se hace con aquellos que han logrado hacer real una visión propia) como una línea que lo cruza todo. Desde las formas más profundas de la expresión humana, hasta la más alta y fina cultura, de élite. A partir de ahí se construye todo. Rafael Tovar y de Teresa encontraba la cultura en los puntos más escondidos del mexicano, hasta en las explosiones creativas más universales. Desde luego la sensibilidad no sólo permite que tengamos confianza, sino que creamos en la fuerza de la representación. De la voz. Rafael Tovar y de Teresa no sólo era un hombre culto, que conocía a fondo todo lo relacionado a la gestión, al arte, sino que él mismo había construido las formas, a través de instituciones, y de una visión global y transversal para expandirla.

Su formación, su proceso para convertirse en el primer Secretario de Cultura, son un ejemplo de su amplia gama de visiones. La cultura está en todas

partes, eso pienso cuando una figura de su magnitud se me presenta. Tovar y de Teresa se licenció en Derecho por la Universidad Autónoma Metropolitana. Este detalle, en una visión simplista sería sorprendente. Sin embargo, es la representación del intelectual renacentista que encuentra una estrecha relación entre todas las posibilidades de la expresión humana. Tenía una incansable sed de conocimiento. Continuó sus estudios en la Universidad de la Sorbona y en la Escuela de Ciencias Políticas en París. Al mismo tiempo, de 1972 a 1973 fue crítico musical para el suplemento cultural del *Novedades* y de 1974 a 1976 fue jefe de Relaciones Culturales de la Secretaría de Hacienda. Así comenzó a trabajar directamente en la gestión cultural. De 1976 a 1978 fue asesor del director general del Instituto Nacional de Bellas Artes, cargo que él mismo ocupó en 1991 después de haber pertenecido al Servicio Exterior Mexicano de 1979 a 1982, después de haber sido ministro en la Embajada de México en Francia de 1983 a 1987 y de haber fungido como asesor del secretario de Relaciones Exteriores de 1987 a 1988.

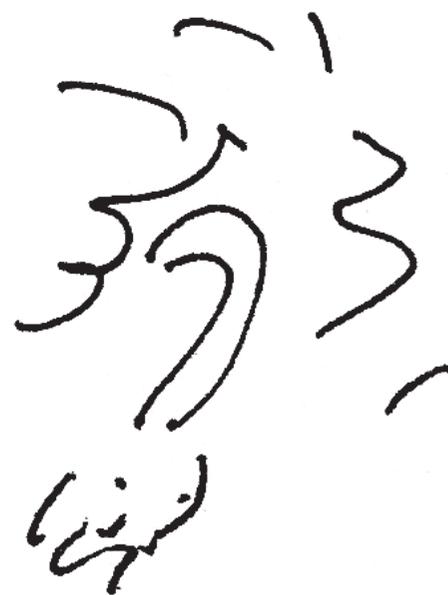
En 1989 se cruzan sus dos líneas de formación, ya con una amplia trayectoria, con deslumbrante conocimiento de la cultura universal y de los procesos de la función pública. En ese año se desempeñó como Coordinador de Asuntos Jurídicos del recién fundado Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, donde estuvo de 1990 a 1991 como Coordinador de Asuntos Internacionales. Su visión política y cultural se vuelven entonces una posibilidad, al convertirse, primero, en director del Instituto Nacional de Bellas Artes (de 1991 a 1992) y después (de 1992 al 2000) en el segundo presidente del Conaculta, cargo que ocupó nuevamente del 2012 al 2015, año en que se logró, gracias a su visión, la creación de la Secretaría de Cultura. Esto implica mucho, es mucho.

Durante su gestión al frente del Conaculta creó el Sistema Nacional de Creadores de Arte, el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca), el Programa de Apoyo a la Infraestructura Cultural en los Estados (PAICE), el Canal 22, el Centro Nacional para la Cultura y las Artes, entre muchos otros organismos y programas.

El periodo que me tocó seguir más de cerca, fue este último. Su etapa como presidente del Conaculta

y su breve gestión como Secretario de Cultura. La muerte se adelantó, pero Tovar y de Teresa alcanzó a ver el fruto de una lucha personal, teñida de una generosidad absoluta, sobre todo, con los creadores. Los planes y visiones de un hombre renacentista se plasaban. Su palabra era de conocimiento. Escucharlo hablar en algún evento público, sin un texto encargado por otro funcionario a un funcionario menor, se teñía de los destellos de su profundo conocimiento del arte y la cultura. Un deleite verlo recordar, recordar, escucharlo hablar de música, de literatura, de pintura. Comprendía la importancia de la palabra, y el acercamiento con los creadores, más allá de las cifras institucionales. En efecto, hasta ahora su lugar no ha podido ser llenado. Pocos con una precisión política de su nivel, y de vocación para con los creadores. Podría ejemplificar esto no con la creación de las instituciones, beneficios, etcétera, sino con su

apertura para entender los diversos niveles culturales e institucionales y su visión de constante transversalidad (algo que se ha perdido por completo). Mientras estuve como subdirector de Literatura y Autores del INBA, atestigüé su capacidad para cruzar no sólo diversas expresiones artísticas, sino las propias instituciones pertenecientes al gremio cultural. Aquellas que se han desorientado, desde su partida. Rafael Tovar y de Teresa lo sabía, los datos no son nada si no tiene su impacto en la gente, en la difusión a todos los niveles y a la promoción de los creadores mexicanos. ¿Quién más sabrá hablar el lenguaje de los artistas, de la cultura? Las palabras son importantes en efecto, las acciones, la actitud política y la generosidad. Sobre todo, una postura de representación gremial flexible, generosa, formal, institucional, y pluricultural. Como era Tovar y de Teresa. ✨



Ya iban comiéndose las manzanas del bien y del mal

M A R Í A L U I S A M E N D O Z A

Pasé una noche horrible de insomnio hamacada entre la orden de dormir a fuerza y el oscuro incomprensible mandato de no hacerlo. Fatigada de tratar de analizar la friega inmerecida escribí, como quien piensa, no un artículo en honor de Rafael Tovar y de Teresa, sino un ensayo circular, un mundo ideal pleno de hallazgos y cumbres, eso imposible de lograr en la vida real ni yendo a bailar a Chalma, sólo en un sueño. Hice en verdad la crónica del lugar donde vivió Rafael y suceden las peripecias tan medidas y lirondas de su familia. Me pasee por los bosques intrincados rodeando su casa, pero lo hice tan de a deveras, que la falta de paz y calma se volvió la lumbre donde cocinaría el excelso anhelado platillo. La arboleda se me vino encima como me ocurre si camino pian pianito por las cuadras donde vivo: es un derramarse de las bardas apenas sosteniendo lo duro y lo tupido de las pachonas copas de los árboles, las enredaderas, y si levantas la cara ves aquellas terrazas de mi adolescencia en donde se hacen los noviazgos históricos y el té se vuelve una toma cinematográfica con la inolvidable Pamela repartiendo pastas... Un día van a tumbar, te dices, y ante la visión clarita de las ruinas sigues caminando de nuevo en la leyenda de los De Teresa y sus bosques en los que ahora vivo.

Realmente para mí lo arrebatador es la historia de una familia, pero bien contada. Como lectora profesional aprendí a buscar en las librerías las sagas de toda especie, por desgracia en nuestro país hay muy pocas o son excepcionales, por eso mi cercanía con los Tovar ha sido tan fructífera, no porque nos pasemos la vida juntos y pegados como antes se usaba la amistad, cuando se pensaba para siempre. Por lógica el género saga trae pegado la casa como escenografía en décadas (tal vez por eso estudié escenografía teatral para recapturar las atmósferas mágicas ofrecidas por la literatura o los relatos orales, esos crucigramas resueltos con la memoria y las preguntas.) Deseo hacer notar mi proclividad desde niña a mirar —de mirar— las casas en sí, los interiores, las umbrosidades de los cuartos provincianos, el contraste de la luz exterior casi cegadora, y el misterio puertas adentro... siempre he creído en la tempestuosidad y la pasión amoro-

sa de las leyendas pueblerinas y su nacimiento, su cepa, como ahora se dice, es esa semioscuridad de las alcobas. La casa de Gelati en Tacubaya, de los De Teresa, poseía todo el peligroso misterio de mi imaginación heredada primero porque me conquistó sin saberlo Guillermo Tovar y de Teresa con unas fotografías que me enseñó durante una de las entrevistas realizadas en mis tiempos de reportera de la televisión: eran sensacionales, las podía comparar en mi caletre con los salones privados de la mansión Tolstoi, pero sobre todo con una terraza acristalada asomada al gran jardín y la arboleda en plena floración, donde el conglomerado en un puño como lo hizo desde el principio de sus tiempos, platicaba, tomaba el café después de comer, las mujeres cosían, los señores fumaban, y tras los cristales se deslizaba en la placidez la paz ficticia porfiriana, la existencia llena de confidencias, costumbres, reuniones, alianzas, matrimonios, viajes, etc... apenas susurrando el aire en los vidrios, testereando las flores de adentro en sus elegantes búcaros nadie pensaba en el mañana.

Guillermo mostrábame los retratos y yo me fui volando a otros tiempos mejores. Por supuesto me

hice amiga de Rafael porque se junta y sepárase el destino de entrambos, por ejemplo, su hijo es un enamorado perdido de la época de los Zares y se sabe los nombres y los caracteres de cada Romanov como yo misma y la manía exacta de la familia rusa. Dije la familia precisamente, la fundamentación de las sagas y los atardeceres proféticos del fin de los tiempos, esos que en la preciosa novela de Rafael Tovar y de Teresa, *Paraíso es tu memoria*, a mí me trastornó en gran medida porque desde la raíz de los tiempos de mis árboles propios me andan bailoteando cuartos que no conocí pero donde vivieron sus vidas verdaderas mi padre en una casa construida por Tresguerras en Celaya, y mi madre en un enorme edificio, con un jardín en la azotea en la Casa de Moneda dirigida por mi abuelo. Así también me subí en el sueño, esa noche en que no dormí escribiendo en mi cabeza, maravilloso ferrocarril familiar que traía a sus visitantes hasta el bosque, o las lanchas donde bogaban las visitas pues, encantadas sin saber que nunca jamás se repetiría ese paraíso terrenal porque ya iban comiéndose las manzanas del Bien y del Mal. ✨



Con su hermano Guillermo y su hijo Rafael, Ciudad de México, 1993.



Con su hija Leonora, París, 1986.

Homenaje a papá

LEONORA TOVAR Y LÓPEZ - PORTILLO

Cualquier cosa que escriba sobre mi papá es poco. Este texto ha sido uno de los más grandes miedos a los que he tenido que enfrentarme, pues no sólo debo de hablar sobre él, sino que debo escribir algo que esté a la altura. Hoy escribo no sobre Rafael Tovar y de Teresa, sino sobre mi papá. Cuando perdemos a alguien también nosotros morimos un poco. Muere ese YO que éramos con esa persona, sin embargo, nos queda su ejemplo y lo que decidimos hacer con nuestros recuerdos y todo ese aprendizaje. Podemos optar por quedarnos estáticos y no hacer nada, o podemos darle un sentido a ese dolor y convertirlo en fuerza y reinventar un nuevo propósito en nuestra vida.

Frente a la muerte no sólo las palabras importan, lo que queda son los hechos. Es aquello que una persona hizo con su vida lo que define si ésta valió la pena.

Uno de los ejes de la vida de mi papá fue no perder nunca la curiosidad, Siempre consciente de que el tiempo es limitado y de lo frágiles que somos, él no podía concebir que alguien perdiera el tiempo. No comprendía la palabra ociosidad.

Siempre he pensado que son muy pocas las personas que encuentran su pasión en la vida, y más aún, aquéllas que pueden dedicar su voluntad a aquello que les apasiona. No tengo duda de que mi papá fue una de ellas. Él no creía en el potencial desperdiciado.

La curiosidad que nunca dejó de tener, incluso al final de su vida, se tradujo en una pasión desmedida por el conocimiento y esa pasión era la que necesariamente contagiaba a quien se le acercara. No he conocido a una sola persona que haya pasado por lo menos un minuto con él y que no tenga que platicarme algo que aprendió de mi padre.

Mi papá fue una de esas pocas personas que contagiaba el amor y la pasión por la vida. Invariablemente hacía que uno mismo cuestionara su propia vida, que quisiera ser una mejor versión de sí mismo. Sin duda ese fue uno de sus dones más grandes.

Varias de nuestras infinitas pláticas giraron en torno a “no dejes que nada ni nadie rompa tu armonía”. Él encontraba esta armonía en el conocimiento, en algo más grande que la cotidianidad de la vida diaria. Él hacía de su vida diaria siempre un regalo que tenía que aprovecharse al máximo.

Siempre me decía: “mi reina, la vida se va a acomodar”. Sin embargo, no entiendo una vida en la que mi papá no exista y esté completa y no sea un caos absoluto. ¿Cómo puede la vida estar en orden si él no está? ¿Cómo puedo sentir que nada rompe esa armonía si llevo un año sin pronunciar su nombre, sin decir “papá”?

Siempre me decía que buscara la tranquilidad, que lo importante era estar en paz. Sin embargo, al final del día, el ejemplo puede más que las palabras y cuando pienso en él, en su vida, en mis recuerdos, su pasado, nuestra vida compartida, aquello que sé que le importaba y privaba en su consciencia, de quienes se rodeó, lo que esperaba y quería de la vida, lo que estuvo dispuesto a sacrificar, incluso a costa del tiempo y su salud, no puedo evitar pensar que si alguien no se

conformó con esperar a ver qué le deparaba el destino fue él... y si algo demostró con hechos fue que el estar en paz, no era excluyente de cumplir metas, de estar satisfecho con lo que uno ha vivido, de cara a lo que uno ha querido. En su caso, lograr el sueño de su vida, siempre e incluso a pesar de que el cuerpo lo traicionaba, su voluntad y ganas de vivir fueron más fuertes.

En fin... hoy estamos aquí no (al menos no sólo) para llorar su muerte, sino para festejar su vida, recordar que su gran amor fue su familia y que su pasión fue México.

Hoy lo hacemos en el lugar donde casi toda nuestra infancia pasamos los domingos. En este lugar en el que escuchamos la música que más le gustaba, vimos los ballets y óperas que con toda paciencia nos explicaba una y otra vez, nos íbamos a dar vueltas, a subir setecientas veces por el elevador antiguo, íbamos del palco 21 al 23 a lo largo de los años. Puedo decir, que una gran parte de mis recuerdos de infancia están plasmados en este lugar.

Y hoy, con la vida que apenas empieza a recomodarse (aunque nunca lo estará del todo sin él), estamos en uno de los lugares que más amó recordándolo, celebrando su vida y legado... hoy, por primera vez, piso este escenario en el que infinidad de veces vimos juntos orquestas, óperas, ballets, todo.

A un año de vivir el peor dolor que hasta ahora he tenido que vivir, he intentado encontrarle un sentido. Muchas veces pregunté por qué este dolor tan absurdo e innecesario y hoy entiendo que, aunque esa pregunta jamás tendrá respuesta, sí puede convertirse en un propósito, y que aunque nunca sepa el porqué de este dolor, tal vez pueda de alguna manera convertirlo en un para qué. Es así que nuestra familia decidió constituir la fundación Rafael Tovar y de Teresa.

Puedo decir, sin miedo a equivocarme que el gran amor de mi papá fuimos sus cuatro hijos y su gran prioridad fue, día con día, forjar un nombre del cual nos sintiéramos orgullosos.

Hoy están con nosotros muchas de las personas que de una u otra forma se atravesaron en su camino.

Mi consuelo es que pude decirle, sin lugar a dudas, cuánto lo quise, lo quiero y lo querré siempre. ✨

Texto leído en Bellas Artes a un año de la muerte de Rafael Tovar y de Teresa.

